



HUMILDAD Y VERDAD

-DOS GRANDES AMIGAS-

Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré. Carguen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy manso y humilde de corazón, y así encontrarán alivio (Mt 11:28,29).

Esta es una cita de la Sagrada Escritura, estimados lectores, que en lo personal me gusta mucho. Se podrá pensar que se refiere a descansar de las tristezas de la pobreza social y de las faenas diarias de tanto trabajo para llevar el pan a la mesa. Pero no creo que Jesús solamente se refiera al plano económico y laboral. Aunque no niego que podrá aplicarse este pasaje con cierto porcentaje de éxito al respecto de la miseria que duele y lastima a nuestro país, por ejemplo, al saber que en varios lugares de las sierras de nuestro amado México, hay chiquillos que mueren de una gripe aún en medio de este combate *contra la pobreza y el hambre* que se ha vuelto muy popular en los medios de comunicación últimamente.

Pero no hay que dejar pasar, hermanos y hermanas, que Jesús al decir: **Vengan a mí**, estaba invitando a la muchedumbre a seguirlo como se hacía con los rabunís (maestros) de su tiempo. Jesús, por tanto, propone ser El Maestro de una doctrina diferente y nueva, frente a la que enseñaban los fariseos; ofrece, el Hijo de Dios, una doctrina cimentada en el mandamiento supremo del amor. Pues los maestros de su tiempo enseñaban la ley de Moisés, con sus preceptos y prácticas doctrinarias, y miraban muchas veces solamente la importancia de cumplir la ley a como dé lugar, haciendo por momentos a un lado el valor y dignidad de la persona; por lo que hacían a no pocos una vida insostenible. Entonces muchos vivían llenos de temor de caer en infracciones a las leyes, no tanto por amor a Dios sino por los castigos severos que les esperaban si no se sometían al yugo de los fariseos, por lo que el rostro amoroso de Yahvé quedaba empañado por una religiosidad asfixiante.

Jesús les hace una propuesta a los que lo deseen: **Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré...** es una propuesta de libertad y de realización humana. Jesús no se refiere solamente a ofrecerles una palmadita en el hombro, o a darles palabritas de aliento al estilo de una sesión de autoestima; más bien desea proporcionarles una doctrina consoladora que les muestre el rostro compasivo de Su Padre y los ayude a llevar mejor toda adversidad, todo dolor, toda angustia. El alivio que Jesús ofrece es de sanación de cuerpo, de mente, de alma y espíritu, por los sufrimientos y las fatigas de cada día. Les propone atrevidamente, que pongan su fe en Él y que le crean que tiene un yugo suave y muy diferente al yugo pesadísimo de los fariseos, que hipócritamente **ponían fardos pesados sobre ellos sin querer tocarlos con el dedo** (Cfr. Mt 23:4). Pues el Señor, amado hermano y hermana, sabe bien que la vida tiene su propio drama. Sabe que los problemas muchas veces vienen a uno sin buscarlos. En esto del drama propio de la vida, vale la pena recordar las palabras del sabio Papa emérito

Benedicto XVI: *La fe en Jesús, aunque no cambie la realidad dramática de la vida, nos ayuda a enfrentar mejor los problemas que en ella se viven.*

Te voy a dar una muestra muy breve del dramático agobio y fatiga que en nuestros tiempos sufre un cristiano en cualquier parte. Por ejemplo, cuando se enfrenta a la gran decisión de: si callar la verdad o permitir la mentira. **De vivir con la frente en alto, buscando lo que agrada al Señor, pues somos hijos de la luz (Cfr. Ef 5:8) o de vivir en la obscuridad de lo malo y darle al demonio la oportunidad de decir: Lo he vencido (Cfr. Salmo 13:4).** Para no pocos surgirá la pregunta, si digo esta verdad o hago lo que sé que Dios quiere ¿no tendrá negras consecuencias para mí? Pero a veces, por cuidar nuestro pellejo, el silencio tiene peores consecuencias y sus efectos tristes marcan a muchos inocentes.

No pocas veces (para llevar la fiesta en paz) nos dejamos llevar por aquél viejo dicho: *por la boca muere el pez*. Nos detiene el temor a enfrentar las consecuencias de decir y hacer lo correcto, y a veces confundimos la prudencia con la omisión. Pero... ¿y si llegó el momento decir la verdad o hacer lo correcto por el bien de los más inocentes? ¡Pues adelante!...Y si fuera menester morir por la Verdad, pues como dicen en Yucatán: *¿A quien le dan pan que llore?*, y además hermanos ¿que no para vivir en la Verdad y no en la mentira somos también cristianos? Pues la Verdad no es una simple cuestión conceptual, ni es aquello que cada quien cree como mejor le convenga, la Verdad es Aquél que dijo: **Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida** (Juan 14:6); la Verdad es una persona que se llama Jesús. Y por la Verdad han sido muchos hombres y mujeres de buena voluntad, calumniados, perseguidos y abatidos inmisericordemente. Como ejemplo están los primeros cristianos, que por no negar la doctrina de Jesús murieron pero encontraron el consuelo divino que Jesús promete. Bien dice el Papa Francisco que: *Hoy en día, quien quiera vivir la fe auténticamente, corre el mismo riesgo de los primeros cristianos mártires.* Quien es la Verdad misma murió en la cruz sin retractarse de ser el Hijo de Dios Vivo... y aún en medio del suplicio (no por soberbia sino por ser íntegro y consciente de la Misión Salvadora que el Padre le encomendara) gritó ante sus acusadores (sin miedo a que se ensañaran más con Él, por declararse de nuevo el Hijo de Dios): **¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!** (Lc 23,34). Vale la pena vivir en la Verdad y no esconderla en los momentos de aprietos, enfrentando las consecuencias, pero si hay que decirla, hagámoslo con humildad, porque estas virtudes: *humildad y verdad* son buenísimas amigas que caminan sin separarse, nunca camina una sin la otra. Un buen cristiano es humilde y dice la verdad sin afán de fanfarronear, la dice por amor a Dios y por el bien de su prójimo, y movido por el bien de aquél a quien se lo dice... no por soberbia de echarle en cara sus defectos, pues hay quienes se atreven a decir la verdad pero sin cuidar la caridad y la reputación de las personas.

Y respecto a la humildad, Jesús nos da toda una cátedra de ella en este pasaje de la Sagrada Escritura cuando dice: **aprendan de mí, porque soy manso y humilde de corazón.** Pues el Jesús que nos está pidiendo ahora que aprendamos de su humildad, mansedumbre y paciencia, es el mismo que nos pide poner la otra mejilla cuando nos abofeteen (Cfr. Mt 5:39)... pero también es el mismo que dice al soldado el Viernes Santo, con verdad y humildad, cuando este lo golpea abusando de su posición: **Si dije algo malo demuéstremelo, pero si lo que dije es correcto ¿por qué me pegas?** (Juan 18:23). Sí, es el mismo Señor Jesucristo, no es otro... por lo que hay que comprender que cuando nos pide mansedumbre y humildad de corazón, quiere que la aprendamos de Él y no de particulares por muy buenas personas que parezcan ser. Aún la humildad y mansedumbre que vemos en los santos, nos sirven de ejemplo solamente porque las han aprendido ellos a su vez de Jesucristo, el único Maestro. Porque, como ya vimos, humildad no quiere decir callarse ante lo injusto, pues el que se presta a lo injusto no tiene a Cristo como Maestro, pues el Padre de la injusticia es el mismo de la mentira, el divisor, el llamado diablo. Además, el que es alcahuete de lo injusto no tiene alivio, tiene tormento, y la voz de su conciencia se lo echará en cara.

Así es, mis hermanos y hermanas, la **humildad** no impide decir con valor y por amor la **verdad**, ambas - humildad y verdad- son grandes e inseparables amigas que nos guían a la justicia y que nos muestran

que por amor a Dios y al prójimo hay que hablar y hacer lo correcto, aunque muchas veces corramos el riesgo de ser incomprendidos. Hermanos, nos debemos a Dios, y el Santísimo Salvador, quien es Dios hecho carne, nos dice: **La Verdad los hará libres** (Juan 8:32), pero la verdad no puede separarse de la justicia, de la mansedumbre ni de la humildad, pues el soberbio está encadenado al enfermizo amor propio y no tiene paz, no tiene alivio. ¿Y acaso no es verdad que si somos menos soberbios y dejamos de pensar en nuestro propio pellejo, tomaremos más en cuenta la miseria del que sufre? Y si somos humildes ¿acaso no veremos que el otro, el de a un lado nuestro, también importa? El soberbio, mis hermanos, daña y hiere al otro, muchas veces con lujo de injusticia.

Hay que recordar que la Verdad que libera no es la verdad inventada por particulares, no la que cada quien piensa según sus intereses personales, sino aquella que va injertada a los criterios de Jesús, a su forma de hacer las cosas siempre sujeto al amor y voluntad del Padre, sin miedo a darlo todo por Su gloria: **Que no se haga mi voluntad sino la tuya** (Lc 22:42). Pues cuando el hombre se cierra ante la Verdad y se inventa caprichosamente sus propias mentiras y se las cree, opta por lo malo y sucio y no alcanza su realización *humana-cristiana*, pues fue creado por amor y para el amor, para el bien y no para el mal. Entonces, no es equivocado afirmar que el que vive en la mentira del pecado no es alegre, no está aliviado, no es libre. Tiene un yugo tan pesado que le impide ser feliz, pues el pecado no da felicidad, porque avienta el amor misericordioso de Dios.

Vale la pena destacar de Jesús su mansedumbre, humildad y su alivio al hacer siempre la voluntad de Su Padre aún en medio de las adversidades, aún en medio de la cruz, pues aún por encima de sus temores humanos sabía que la muerte no tenía la última palabra sobre Él: **Destruyan este templo y lo reedificaré al ter día** (Cfr. Juan 2:19). Hemos pues, mis hermanos y hermanas, de vivir siempre humildes y abandonados en la Divina Providencia, solucionando nuestros asuntos con verdad y humildad, confiando en lo que dice la Sagrada Escritura: **el Señor es justo; Él ama la justicia; los rectos contemplarán su rostro** (Salmos 11:7). Como dice el Papa Francisco: No necesitamos “maquillar” la vida, sino **aceptar los bienes y los males confiando en Dios**. No tenemos porque disfrazar nuestras mentiras con aparentes verdades. Para vivir así, aceptando los bienes y los males, de mucho nos servirá vivir en la humildad y la verdad, **que son dos grandes amigas**.

Hermano Ezequiel Buenfil, C.S.S.